

Fuentenegroso (Asturias), un enterramiento del Bronce Final-Hierro en el marco de las comunidades atlánticas peninsulares

ROSA BARROSO

Área de Prehistoria, Universidad de Alcalá
C/ Colegios, 2, E-28801 Alcalá de Henares (Madrid)
rosa.barroso@uah.es

PRIMITIVA BUENO

Área de Prehistoria, Universidad de Alcalá
C/ Colegios, 2, E-28801 Alcalá de Henares (Madrid)
mimibueno@uah.es

JORGE CAMINO

Consejería de Cultura. Principado de Asturias.
Plaza del Sol, 8, E-33009 Oviedo
JORGECM@princast.es

RODRIGO DE BALBÍN

Área de Prehistoria, Universidad de Alcalá
C/ Colegios, 2, E-28801 Alcalá de Henares (Madrid)
rodrigo.balbin@uah.es

Fuentenegroso es un enterramiento en cueva del Bronce Final-Hierro en Asturias. Exponemos su hallazgo, con sus circunstancias particulares, los resultados generales de la investigación y las analíticas en él realizadas. En primer lugar, analizamos la documentación funeraria contemporánea de su región. Después, abordamos el registro funerario de las comunidades atlánticas, tradicionalmente consideradas carentes de enterramientos en estas fechas. Sin tratarse de un catálogo exhaustivo, está claro que las evidencias, dentro de la diversidad, muestran algunos datos interesantes más allá de las asumidas ausencias y en contra de una abrupta ruptura.

PALABRAS CLAVE

BRONCE FINAL-HIERRO, ASTURIAS, ENTERRAMIENTO, TÚMULOS, ÁREA ATLÁNTICA.

Fuentenegro is a burial cave from Late Bronze Age in Asturias. This paper presents its discovery, with all its relevant factors, the general results obtained from the research, and the laboratory analysis. Firstly the grave is interpreted in the burial contexts from the Cantabria region. Secondly, the funerary evidence from the peninsular Atlantic region for which the absence of burials at that moment has been accepted, is explained. This is not an exhaustive review of burials, but it shows, within the diversity, interesting evidences that exceed the assumed absences and against an abrupt rupture.

KEY WORDS

LATE BRONZE AGE-IRON AGE, ASTURIAS, BURIAL, MOUND, ATLANTIC AREA.

El enterramiento de Fuentenegro es un excepcional hallazgo producido en tierras del oriente asturiano. Su buena conservación y su localización, en un momento y en un marco en el que nuestra información sobre los procesos funerarios en la región es bastante limitada, acrecientan su interés.

En un primer avance (Barroso *et al.*, 2007) nos propusimos reconstruir un buen entorno histórico para el hallazgo, asegurar su cronología e interpretar los resultados de las analíticas realizadas. Pero igual de obligado, como pretendemos en estas líneas, es revisar el marco funerario en el que se inscribe dentro del ámbito geográfico atlántico de la península, desde una óptica diferente a la general y un tanto conformista que supone asumir la idea, ya más que consolidada, de una ausencia de enterramientos en la zona.

Con una pequeña recopilación, nada exhaustiva, el mundo de los muertos no es tan opaco, sino que muestra la apertura de vías de trabajo interesantes dentro de un cierto continuismo fácil de entender en un área de gran tradición megalítica, y por lo tanto de amplia tradición funeraria como ésta.

La cronología del enterramiento centra nuestro interés en el Bronce Final-Hierro que forma parte del título de estas líneas, un momento intencionadamente impreciso que nos permite recoger datos agrupados *grosso modo* entre finales del II y primeras centurias del I milenio a.C., procedentes de secuencias regionales muy diferentes. En ningún momento nos planteamos definir el cierre o el comienzo de una nueva etapa histórica, que exigiría, más que el ritual o unas prácticas funerarias nuevas o tradicionales, todo el compendio de expresiones que definen sus comunidades.

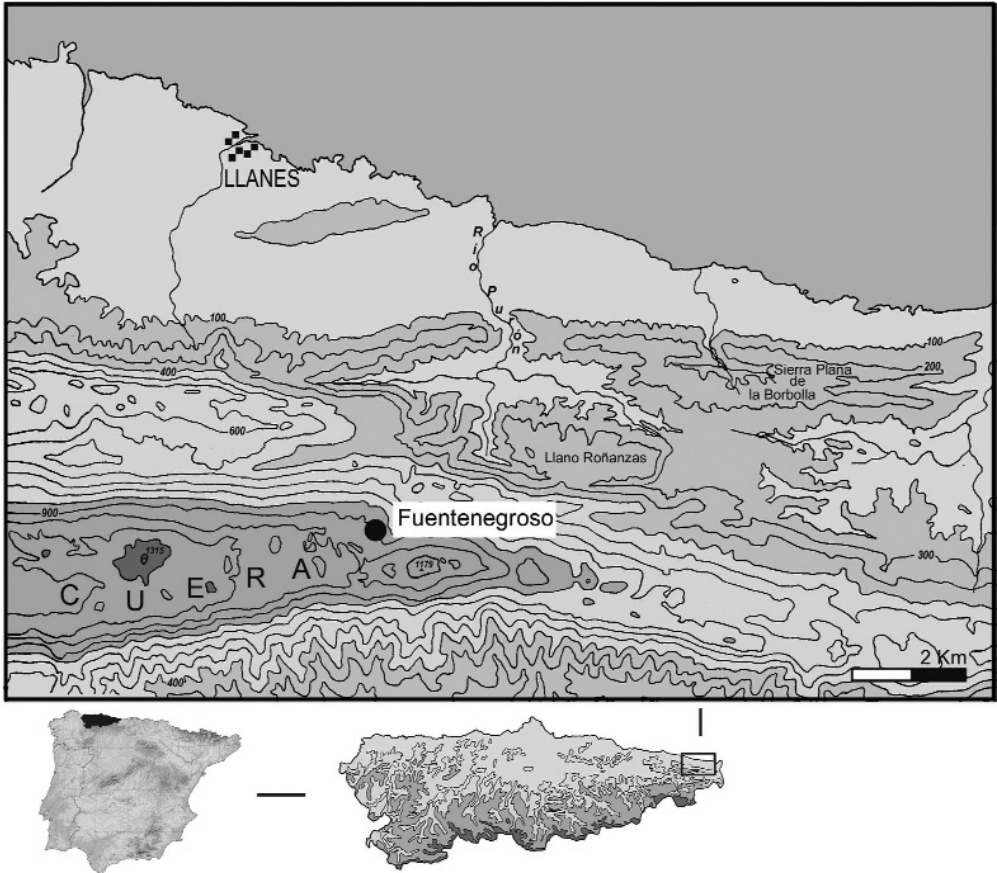


Fig. 1. Situación de la cueva de Fuentenegro en la zona oriental de Asturias.

La joven de Fuentenegro

Fuentenegro es una pequeña y angosta cueva asturiana entre Peñamellera Alta y Llanes, en las estribaciones más orientales de la Sierra del Cuera (fig. 1), que acogió durante unos 2700 años los restos de una mujer de 17-18 años.

El hallazgo se debe al grupo de espeleólogos GIS de Alcalá de Henares, durante la realización de un catálogo de cuevas de la sierra. Su primera intervención ante la presencia de un esqueleto, evidentemente humano, fue la de contactar con la comandancia de la Guardia Civil más cercana, iniciándose así un complicado proceso judicial que terminará con la extracción de los restos por parte de agentes de la Sección de Montaña de Cangas de Onís, por orden de la juez de Llanes. Afortunadamente, sus sospechas de la antigüe-



Fig. 2. Detalle del enterramiento de Fuentenegroso en el momento de su hallazgo. Foto Grupo GIS, Alcalá de Henares

dad de los restos les llevaron también hasta nosotros, que iniciamos los oportunos trámites para el estudio del enterramiento y el análisis de toda la documentación fotográfica (fig. 2), que ya en ese momento era el único registro que quedaba del hallazgo *in situ*.

Los restos óseos, de excelente conservación, merecían todo nuestro esfuerzo, por lo que inspeccionamos el lugar del hallazgo y analizamos detenidamente todo el registro gráfico para poder reconstruir fielmente su estado, situación y posición original. Examinamos también los restos óseos y planteamos toda una serie de estudios y analíticas que nos permitieran una mínima reconstrucción histórica del enterramiento y el entorno en el que vivía la persona allí enterrada.

El cuerpo fue depositado al fondo de la cueva (fig. 3). Se llegó a él desde la única entrada accesible a pie, por un estrecho pasillo de unos 8 m al final del cual, en una pequeña antesala, confluye un peligroso pozo, la segunda apertura que tiene la cavidad al exterior. Desde aquí se inicia un pequeño tramo descendente que termina en una sala oval de 1 x 1,5 m. Su reducido tamaño y la situación del cadáver, atravesado en su parte central, nos inclinan a pensar en el uso exclusivamente funerario de la cueva, sin encontrar resto alguno que contradiga este planteamiento.

Como en la mayor parte de los enterramientos cantábricos en cueva, el cuerpo se introdujo en la cavidad, pero no se cubrió. Se colocó boca arriba, en posición fetal, recl-

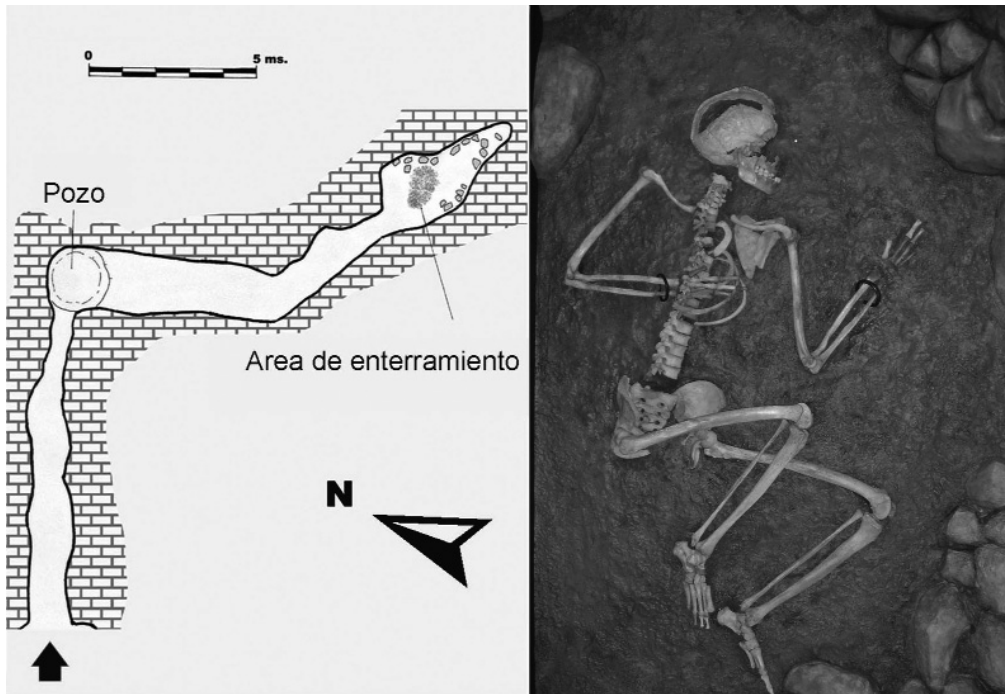


Fig. 3. Croquis de la cueva de Fuentenegro y foto con la restauración y escenificación del enterramiento realizada por C. Álvaro Chirveches, G. Trancho y B. Robledo.

nado sobre el lado izquierdo, conservando en el momento de su hallazgo sus principales conexiones anatómicas. Sólo el cráneo estaba muy deteriorado y la mandíbula inferior desplazada de su posición original, sin duda por un proceso natural de desmolde.

Los únicos elementos de ajuar eran los dos brazaletes que portaba la muerta, uno en cada muñeca (fig. 4). Las dos piezas son abiertas, macizas, sin decorar y con extremidades adelgazadas, que en el de la muñeca izquierda son de corte rectangular y están afrontadas, mientras que en el de la derecha aparecen superpuestas, ajustando más el cierre. Los análisis previos realizados en el Instituto de Toxicología de Madrid, en el que por los propios avatares del descubrimiento acabaron parte de los restos, mostraban la existencia de plomo y, aunque estamos a la espera de análisis más concluyentes, todo parece indicar que estos ornatos personales están técnica y tipológicamente dentro de la metalurgia propia del momento en el área septentrional de la península. Los paralelos son muchos (Barroso *et al.*, 2007), tanto en bronce ternarios como en oro y, aunque mayoritariamente aparecen formando parte de depósitos, tampoco faltan en contextos domésticos.

Con este ajuar de piezas metálicas tan sencillas, vimos claro desde el primer momento que era necesario afinar la fecha de la deposición. Para ello mandamos dos muestras de

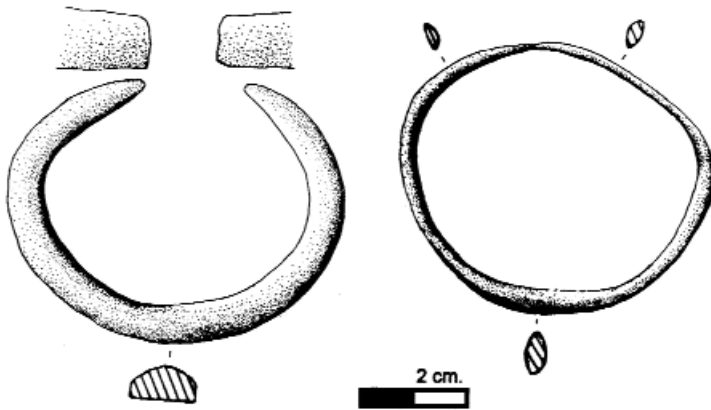


Fig. 4. Dibujo de los brazaletes del enterramiento de Fuentenegroso.

C-14 sobre hueso y pieza dental, de las que obtuvimos sendos resultados (Beta – 166077: 2550±40 BP) y (Beta – 167298: 2500±40 BP), que combinados remiten al 2525± 28 BP, inscribiendo el enterramiento en un intervalo que va del siglo VIII a mediados del siglo VI cal AC. Las imprecisiones en la curva de calibración de esta época no nos permiten acotar el resultado, pero no tenemos duda de la relación del enterramiento con el paralelo mundo de los castros, en el que sigue predominando una metalurgia de bronce con modelos y técnicas conocidas y compartidas en buena parte del área atlántica.

Los informes antropológicos (Trancho y Robledo, 2004) muestran que la joven era alta, de 1,60 m, y tenía un aparente buen estado de salud y alimentación. Queda además descartada una lesión traumática mortal, por lo que al final nos quedamos, como es habitual en la mayor parte de los enterramientos prehistóricos, sin una causa clara de su muerte.

Más respuestas tiene la reconstrucción de su actividad diaria, pues aun dentro de ese buen estado de salud «óseo», sus huesos tienen determinantes indicadores de una dura labor física en brazos, piernas y columna vertebral. Deformaciones en los huesos del brazo, en su inserción en el hombro, sugieren un juego rotativo con cierta resistencia, a modo de repetido transporte de peso sobre la espalda que también se plasma en la lesión de una vértebra lumbar. Además, la potencia muscular de sus piernas presenta a la joven como asidua caminante de un relieve complejo y abrupto como el de la sierra en la que se entierra. Su actividad cotidiana podría estar por tanto evidentemente relacionada con el Cuera; por ejemplo, con registros de los que existen referentes etnográficos en la zona, como el pastoreo que exigiría personas a cargo del ganado buena parte del verano, alejadas del poblado, y la compatible recogida de leña, ramas caídas, para el invierno. La cueva elegida para ser su tumba pertenece al área que frecuentó, y su muerte y entierro, desagregado del área de habitación, se entiende mejor perviviendo sus restos en las que durante su vida fueron sus tierras de paso, pastos y beneficio forestal.

Surge así una pregunta obligada: ¿dónde vivía la joven?, para la que más que verdaderos argumentos tenemos por el momento sólo lógicas observaciones. La cavidad de Fuentenegro se encuentra a 900 m s.n.m., en un área elevada y en un entorno de paisaje serrano desde el que domina la planicie costera. El acceso es muy empinado, primero más suave, entre veredas y rellanos, y después entre crestas. Es decir una dura orografía, que, aunque a lo largo de la historia no ha sido obstáculo para el trasiego de gentes, ganado y productos, entre los valles interiores, las sierras planas y la rasa costera, no nos parece un entorno de viviendas habituales.

Descartada esta opción, podemos valorar otras. Así, casi a la vez que se produce el hallazgo de Fuentenegro, H. Frade, un buen conocedor del terreno, localizó en las tierras bajas, junto a Llanes, un poblado fortificado denominado Punta de Jarri, que, a falta de confirmar su cronología, posee en superficie algunos restos estructurales asimilables a las construcciones de los primeros momentos de los castros, convirtiéndose de este modo en un posible hábitat correlativo al intervalo del enterramiento. Sus inconvenientes son la distancia a la cueva, que parece excesiva, 8 km, y su accidentado recorrido hasta ella, a lo que hay que añadir la racionalidad que dirige cualquier empresa, también en la prehistoria, ya que parte de los recursos que sus habitantes pudieran buscar en el Cuera los obtendrían más cerca, y sin tanto esfuerzo, en las sierras planas.

Vistas las posibilidades de esta segunda opción, lo que nos parece más realista es plantear su relación con un poblado que aún no conocemos y que podría estar situado en los valles y planicies al pie de la sierra. Cuando hace años el poblamiento castreño del área oriental se consideraba inexistente, escaso o retardatario, la única opción era pensar en poblados al aire libre realizados en materiales poco consistentes, de los que no había quedado huella. Sin embargo, ahora que tenemos documentación de poblados con defensas, olvidamos que la convivencia de poblados abiertos y fortificados está más que demostrada en regiones muy distintas. Las tierras del oriente asturiano son firmes candidatas a mostrar esta compatibilidad, pues el número de fortificaciones sigue siendo muy escaso, y este tipo de poblamiento abierto se conoce en momentos anteriores ligado a necrópolis tumulares (Arias y Pérez, 1990).

Otro dato más apuesta por esta opción. Los análisis de paleodieta del esqueleto de Fuentenegro (Trancho y Robledo, 2004: 22) presentan los productos vegetales verdes, cereales y fruta como su principal base alimenticia, complementada con proteínas de carne y pescado, marino o fluvial, que muy posiblemente no incluye crustáceos y moluscos. Que buena parte de los castros cantábricos se localicen en el área costera, como es el caso de Punta de Jarri, disponiendo de toda una fuente de malacofauna (Rodríguez *et al.*, 2005), que nuestra protagonista no probó, al menos con regularidad, es otro factor a tener en cuenta al plantear su lugar de habitación al interior, en tierras potencialmente ricas, que no tendrían por qué litigar con la vocación agrícola, además de ganadera, que muestran los castros.

Fuentenegro en el conjunto de enterramientos cantábricos del I milenio a.C.

La investigación asturiana se ha preguntado poco por el ausente mundo funerario paralelo a los castros. Gran parte de su esfuerzo se ha centrado en la reivindicación de sus comunidades previas a la romanización, especialmente en el área oriental, donde hasta bien entrados los años ochenta apenas se conocía poblamiento. Quizás ese mayor interés por los vivos explique la escasez de restos y que, exceptuando Fuentenegro, los dos únicos hallazgos asturianos que conocemos procedan de la excavación de castros (fig. 5).

Uno de ellos es el castro de La Campa Torres, donde se encontró en un estrato de nivelación un hemimaxilar superior izquierdo, con buena parte de las piezas dentales perdidas, de un adulto de sexo indeterminado, de unos 25-30 años (Mercadal, 2001: 289-294).

Mucho más interesante, sin duda, es la calota craneal de Chao Samartín depositada cuidadosamente en una pequeña cista de lajas de pizarra excavada al pie de la fortificación de la parte superior del castro, justo a la entrada del recinto. La caja tenía la base preparada y una laja de cubierta protegiendo un cráneo, posiblemente femenino, sin cara ni base. Para fecharlo se utilizaron carbones de la base y la cubrición de la cista, con resultados de dos fechas paralelas (CSIC-1784: 2545 ± 35 BP y CSIC-1785: 2546 ± 39 BP), que calibradas confirman su relación con la ocupación más antigua del castro en el 800 a.C. (Villa y Cabo, 2003:151) y su coincidencia temporal con Fuentenegro.

El autor propone su carácter fundacional, en especial cuando la excavación de esa explanada superior del castro no ha proporcionado verdaderos restos del uso doméstico del recinto, sino elementos que contribuyen a su interpretación como área sacra (Villa, 2005).

De cara a la importancia tumular que tiene el área atlántica, conviene no perder de vista el papel que pudieron tener algunos túmulos que no faltan en el área de Fuentenegro, especialmente después de existir construcciones tardías probadas por radiocarbono como la de Piedrafita V (Blas, 1985: 134), y desde luego las cuevas, que son muy abundantes en el área. Su uso se constata en un estudio de P. Arias y A. Armendáriz (1998) en el que se recogía un ingente número de cavidades de la franja cantábrica utilizadas desde el neolítico hasta época medieval, que es fácil hacer extensible a tierras de Aquitania (Boulestín y Gómez Soto, 2005). Las fechas desempeñarían un papel importante para afinar lo que es desde luego el uso tradicional de cuevas naturales durante mucho tiempo, pero ahora hay una prueba irrevocable que es Fuentenegro. Con ella podemos trazar una mínima caracterización en el uso funerario de cuevas angostas, o pequeñas salas en el caso de cuevas mayores, y la deposición del difunto sin cubrición y expresivo ajuar.

Ni los restos anteriores, ni el uso de cuevas pueden ser definidos como formas de enterramiento normalizadas de las comunidades castreñas asturianas. Sin embargo, hemos avanzado bastante, si pensamos que en el ahora probado uso de esas cavidades, quizá recurrente, se reproduce un comportamiento del pasado que sólo puede entenderse por gentes ligadas al entorno, las que habitaron desde el momento más antiguo los castros.

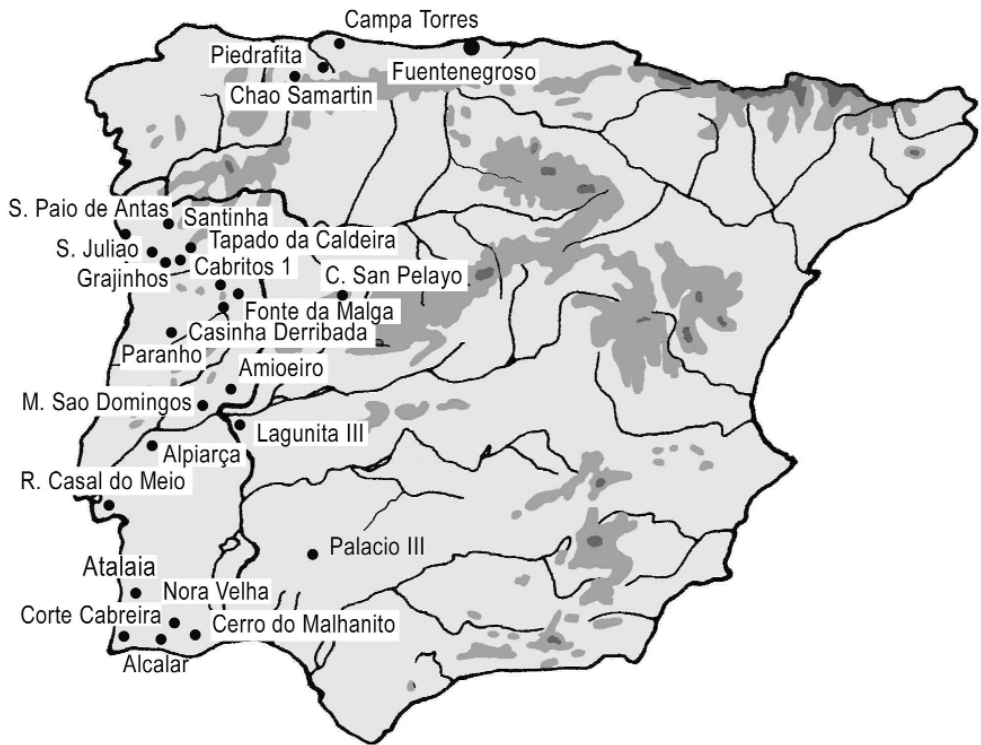


Fig. 5. Yacimientos peninsulares del área atlántica mencionados en el texto.

No cuesta mucho reconocer que los restos hallados en los castros, aunque sólo sea por su carácter incompleto, responden a gestos de más difícil interpretación, sobre los que habrá que seguir indagando.

Desde luego no son aislados, sino que se repiten con frecuencia. Sin ir más lejos, tenemos los próximos encontrados en la meseta norte (Delibes, 2000-2001: 304), donde se recuerda, a modo de cierta predicción que extendemos a tierras asturianas, que restos como éstos, y en muchos casos de neonatos e infantiles, son asiduos en todo el Noreste y Levante en comunidades que practican la incineración. Entre ellos son habituales, como en el caso que nos ocupa, los cráneos o partes representativas de él (Pons, 2000: 34). Así, los depósitos asturianos están dentro de manipulaciones *post mortem* reconocidas en distintos ámbitos prehistóricos. Su singularidad no reside tanto en sus características propias, como en que son los pocos restos que conocemos.

La falta de necrópolis ligadas al arranque de esos conjuntos castreños es, por el momento, una constante en todo el Cantábrico, con sólo algunos datos novedosos aún por confirmar en Vizcaya (Cancelo, 2005: 420). Frente a estos enterramientos, los verdaderamente

característicos de la Euskal Herria atlántica (Peñalver, 2001) y su prolongación en el País Vasco francés (Blot, 1995) son los crómlechs, recintos de piedra de escasa monumentalidad, de 4 a 7 m de diámetro y estructura interna variable, con un nuevo círculo, cista o fosa delimitada. Junto a ellos hay también crómlechs tumulares, en definitiva estructuras similares, algo más grandes, bajo túmulo, que aparecen en las mismas necrópolis y en las mismas cronologías, mayoritariamente desde finales de la Edad del Bronce y durante toda la Edad del Hierro.

Salvo casos excepcionales, como el crómlech francés de Millagate IV, con casi dos kilos de huesos calcinados de un único individuo completo, de edad avanzada (Blot, 1995: 534), lo cierto es que los restos son escasos. Pocos materiales y vestigios óseos, y en ocasiones sólo carbones, que son los que han permitido obtener fechas. La explicación suele buscarse en el plano simbólico, o en su situación alejada de las piras funerarias, llevándose sólo un puñado de cenizas al monumento (Peñalver, 2001: 67).

Un tercer tipo de estructuras en la zona, los túmulos, presentan algunas diferencias respecto a los anteriores. En Francia los encontramos con varios referentes cronológicos similares dentro de las mismas necrópolis, e incluso contextos claramente tardíos, aún ligados a la inhumación (Blot, 1995: 533), pero, como ocurre en el caso español, estas estructuras no se limitan sólo a tierras altas y su uso se percibe en la zona desde mucho antes (Peñalver, 2001: 65).

Todos estos diferentes monumentos vascos suelen aparecer formando necrópolis cuando no se reagrupan dentro de la misma, como ocurre en Apatasar, manteniendo delimitaciones claras. En cada agrupación hay además localizaciones nada aleatorias de distintas estructuras, que dan la idea de cierta jerarquización arquitectónica (Blot, 1995: 538).

En conjunto, estamos ante construcciones de evidente raíz megalítica que, como nosotros mismos hemos tenido oportunidad de comprobar a pequeña escala (Bueno *et al.*, 2005 y e.p.), se imbrican en el terreno junto a dólmenes y menhires muy abundantes en todo el País Vasco y Navarra. Las fechas se definen, pues, como un elemento decisivo para precisar lo que parece una larga trayectoria de uso funerario y habitacional de los mismos espacios, con cierta tendencia a identificarse mediante estelas armadas cuya fecha de origen parece el III milenio cal BC.

Sobre esa misma cuestión se plantea una clara dicotomía al localizar los crómlechs en las tierras altas pirenaicas, desprovistas de hábitat conocidos, frente al área de los poblados fortificados cuyos lugares de enterramiento aún no se han confirmado. Frente a la explicación tradicional, por cierto la misma que para los megalitos, que relacionan los crómlechs con grupos de pastores trashumantes, X. Peñalver (2001: 69-70) propone la posibilidad de un poblamiento de cotas algo más bajas, que ligado a estas necrópolis mostraría claros signos de estabilidad.

El paralelismo no puede ser más semejante a lo que planteamos para Fuentenegro. Recurrir a provisionalidad y movilidad, porque no encontremos huellas de poblamiento ni estable, ni de ningún otro tipo, o pensar en un carácter exclusivamente pastoril de las poblaciones del norte carece ya de justificación alguna.

Los enterramientos del Bronce Final-Hierro en el área atlántica

La limitada información de enterramientos del Bronce Final-Hierro no es una cuestión que afecte sólo al norte, sino en general a toda la península, salvando el noreste (Ruiz Zapatero, 2001).

En el área atlántica esta cuestión es especialmente relevante por cuanto la ausencia de enterramientos se convirtió en uno de los elementos de filiación cultural del llamado Bronce Atlántico, hoy desbancado como tal identidad por una realidad plural (Bettencourt, 1998: 30) en la que también deben verse inmersas diferentes prácticas funerarias.

Es evidente que algo se hace con los muertos, pero en los últimos años la ausencia absoluta de pautas se asume, o bien se investiga sobre prácticas funerarias de las que no quedan vestigios. Éste es el caso de los restos que se arrojan a las aguas (Ruiz Gálvez, 1998: 263) junto con ofrendas metálicas, que es lo único que hoy nos queda. Desde luego la relación entre depósitos y enterramientos tiene sentido, de hecho volveremos más adelante sobre ella, además de referencias comparables que la respaldan, igual que parece clara la simbología del agua (Bradley, 1990), pero, en lo que a funerario se refiere, hay que reconocer que tampoco en esta línea están apareciendo datos peninsulares concluyentes al modo que exige la arqueología funcionalista. El mismo argumento, o más en la línea de invisibilidad, es la extrapolación de prácticas como la exposición de los cuerpos a la intemperie, de la que informan las fuentes clásicas y la iconografía de los pueblos prerromanos (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1995: 235).

Que además el Bronce Final sea un momento en el que se acrecienta el gusto por el nuevo rito de incineración, la reducción a cenizas del fallecido, en cierto modo permite que trascienda la idea de despreocupación por el difunto y, en especial, parece que autoriza una visión plenamente rupturista de la etapa que a nuestro juicio exigiría mayor confirmación, al menos en su generalización.

En realidad esa falta de datos, según se tome con más o menos convicción, predispone a interpretaciones muy diversas de las que una buena prueba son las percepciones tan distintas que han llegado a producirse de un mismo monumento, caso del ya emblemático Roça do Casal do Meio, en Sesimbra. Un tholos cuya arquitectura y contenido, dos inhumaciones con ajuares de sobra conocidos ligados al final de la Edad del Bronce, se han relacionado o disociado en un debate abierto sobre su creación local y la falta de modelos peninsulares.

Visto por sus excavadores como de arquitectura compleja (Spindler y Vega Ferreira, 1973: 74), se relaciona con gentes mediterráneas llegadas a la fachada atlántica (Almagro, 1998: 85-86), explicando su carácter exógeno su presencia en una zona vacía de tumbas (Ruiz Gálvez, 1998: 261). Una reciente revisión plantea, por el contrario, la simpleza de su construcción, al más puro estilo de los tholos calcolíticos estremenos (Cardoso, 2004) volviendo a la idea de su reutilización.

La investigación siempre es poca y es cierto que ahora se hace más esquivada por la dificultad de definir modelos arquitectónicos y espaciales, o por la escasa monumentalidad de las construcciones y espectacularidad de los ajuares (Jorge, 1996), pero no hay una total ausencia de datos y, en tanto en cuanto los comportamientos de invisibilidad de restos siempre estarán ahí, intentaremos repasar aquí el marco funerario «presente» paralelo a Fuentenegro (fig. 5).

En los últimos años son varios los trabajos de revisión de megalitos españoles que muestran la vigente utilidad de estas construcciones para las comunidades del Bronce Final-Hierro (Lorrio y Montero, 2004; García Sanjuán, 2005a) a las que hay que ligar otras tantas reutilizaciones en territorio portugués (Jorge, 1996).

A Roça do Casal do Meio se unen en el suroeste otros tantos datos de reutilización funeraria de los megalitos o su espacio exterior, el uso de fosas o cuevas artificiales y posiblemente cistas a modo de arquitecturas que evocan construcciones megalíticas anteriores, cuando no utilizan sus mismas piedras para nuevos monumentos como «reinterpretación del pasado» (García Sanjuán, 2005a: 103).

Buena parte de los datos proceden de tholos; entre los ejemplos más recientes y claros, está sin duda el dolmen Palacio III en Almadén de la Plata, Sevilla, en cuyo espacio funerario exterior, entre la construcción ortostática y el tholos del III milenio a.C., se coloca un pequeño encachado de piedra sellando una fosa con una cremación de dos individuos adultos y restos cerámicos. La fecha en ella obtenida es del 2660 ± 90 BP (Beta – 165552), que calibrada se sitúa en 940-760 cal AC (García Sanjuán, 2005b: 598). La presencia de un tesorillo bajo uno de los ortostatos del dolmen, formado por objetos metálicos de similar cronología, muestra el uso votivo del lugar además del funerario (García Sanjuán, 2005a: 97) y en definitiva, visitas más allá de lo accidental.

En estas páginas nos interesan las prácticas funerarias, pero es verdad que el uso que se hace de los dólmenes con posterioridad a su construcción no tiene por qué ser el mismo. Los cambios socioeconómicos que se producen en las sociedades a las que se ligan, en este caso más de un milenio después de su construcción, y el propio deterioro físico de los monumentos justifican reinterpretaciones de su significado inicial. Que se conviertan en una especie de lugares sagrados, de culto (Delibes, 2004), es uno de sus posibles usos, pero de cara a estrictas generalizaciones conviene recordar que, en casos como Palacio III, ofrendas funerarias y votivas no están reñidas, reinterpretando una asociación al más puro estilo megalítico.

De hecho, si ya la documentación de la zona abierta de algunos sepulcros del III milenio de los Millares avalaba la presencia de ofrendas a los ancestros, los recientes trabajos en Alcalar (Morán y Parreira, 2004) o en el sepulcro de Lagunita III (Bueno *et al.*, 2006), en Cáceres, muestran que éstos no sólo existen de modo más generalizado en los espacios megalíticos atlánticos, sino que cuentan con áreas estructuradas que permiten definir un cierto normativismo, una *consuetudo*, en la organización de los mencionados depósitos que no incluyen restos humanos.

L. García Sanjuán (2005a: 96) relaciona Palacio III con la estructura I de la necrópolis de Nora Velha en Ourique. Aquí las excavaciones documentaron un conjunto de cinco

depósitos de los que al menos la mencionada estructura sugiere cierta entidad constructiva, al estar excavada en la roca y rodeada por un encachado rectangular. La cinco, la única intacta, confirma que se trata de tumbas con urnas de incineración (Arnaud *et al.*, 1994: 200-201). El yacimiento parece muy deteriorado y las piedras dispersas recogidas en sus dibujos revelan una mayor importancia arquitectónica de las estructuras funerarias en origen.

El conjunto está a 700 m del castro de Nossa Senhora da Cola, cuya antigua excavación documentó una ocupación amplia desde el Calcolítico hasta la romanización (Viana, 1960: 10), y a sólo 100 m del tholos del Barranco de Nora Velha. De este monumento megalítico se ha recalcado en varias ocasiones su reutilización tardía (García Sanjuán, 2005a: 95) basada en sus materiales, fragmentos de caldero y cuentas de oro, entre otros, pero recientemente se asocia a la incineración en su propia cámara, a partir de los datos y materiales de la excavación antigua de A. Viana (Cardoso, 2004: 206). En cualquier caso queda constatado el uso del propio monumento, y de su entorno exterior, igual que en Palacio III.

Otro ejemplo es Cerro do Malhanito, en Alcoutim (Cardoso, 2004), un tholos del III milenio a.C., con cámara sellada respecto al corredor corto, igual que Nora Velha, y dos reutilizaciones sucesivas en época prehistórica. Una primera que supone al menos una inhumación relacionada con materiales alterados por el posterior uso del monumento, entre los que destacan cerámicas carenadas, tipológicamente unidas al Bronce Final en tierras andaluzas, y tres piezas metálicas nada ostentosas. Un segundo uso de la cámara sería más tardío. No hay fechas, que han sido imposibles obtener, de los restos óseos, ni análisis de las piezas metálicas, ni confirmación de sellado antiguo que habría obligado a su acceso superior a la cámara. Es decir, prima la interpretación del autor de lo que son contextos alterados en sucesivos usos, pero su carácter tardío, en la propia cámara y su combinación con el rito inhumatorio, son datos que nos interesa retener.

Una cuestión nada desdeñable en el tholos algarvivo de Alcoutim es que, además, se enmarca en una zona de abundantes necrópolis de cistas de la Edad del Bronce (Cardoso, 2004: 194). Y es que otra aportación a este repertorio, por vaga que sea, es sin duda el clásico conjunto de necrópolis de cistas del Alentejo y Algarve portugués, algunas recientes y otras anteriores, pero con pervivencias de usos tardíos; tal es el caso típico de Atalaia (Schubart, 1975). Ciertamente la referencia cronológica que proporciona el conjunto de necrópolis es insegura, pero, mientras tanto, es inevitable observar en ellas una clara tradición arquitectónica anterior de raíz megalítica, aunque ligada a la individualidad, del mismo modo que las necrópolis de la Edad del Hierro evocan en sus construcciones conceptos reflejados en aquellas anteriores (García Sanjuán, 2005a: 103).

Y es que este conjunto de necrópolis tumulares de cistas sirve de inspiración a las de incineración, como en el caso de la mencionada Nora Velha o Corte Cabreira (Gamito, 1995), en las que cistas o fosas se rodean de empedrado. Incluso los propios ritos de tratamiento del difunto también se entremezclan, pues no faltan algunas cistas con inhumación (Cardoso, 2004).

En paralelo a la reutilización de Palacio III o necrópolis como Nora Velha tenemos que situar, ya en el Tajo, los restos de Alpiarça (Kalb, 1995: 90; Vilaça *et al.*, 1999), en realidad varias pequeñas necrópolis entorno a un lugar de habitación. El punto de partida es Cabeço da Bruxa, excavada en los años ochenta, donde se encontraron tres urnas en fosas distanciadas entre sí, cubiertas con piedras y asociadas a brazaletes de bronce. Su información sirve para actualizar los datos antiguos de otras dos estaciones, Meijão y Trancoal. De esta última procede un recipiente con restos de carbón y huesos, de los que se han obtenido dos fechas que remiten de mediados del siglo XI a mediados del IX cal AC (Vilaça *et al.*, 1999: 14).

La relación poblado-necrópolis de los yacimientos anteriores tiene una versión particular en el caso del yacimiento de Monte de São Domingos, en Malpica de Tajo, donde recintos domésticos se usan para deposiciones funerarias (Cardoso *et al.*, 1998: 333). Los dos recintos excavados varían en diámetro, pero tienen la misma planta circular y apertura hacia el sureste. En el más sencillo de todos, un muro a base de ortostatos de esquistos hincados, se encontró un gran vaso en posición descentrada. Mientras en el segundo, con un muro de dos alineaciones rellenas al interior, localizaron en el centro tres estructuras de piedra: una, un agujero de poste, y las otras dos con pequeñas acumulaciones de piedra, a modo de empedrados que cubrían materiales cerámicos del Bronce Final, entre los que se conservaba una urna con una incineración. La incuestionable cobertura que debió tener la estructura 2, las entradas a los recintos o la presencia de restos de fuego (Cardoso *et al.*, 1998: 333) son los elementos que manejan los autores para su interpretación como cabañas, pero ésta no deja de suscitar dudas (Vilaça, 2000: 176). En nuestra opinión, esos mismos elementos no están reñidos con algunos de los datos que están surgiendo en la península sobre monumentos hechos en piedra y madera, a modo de casas funerarias, que además repiten, con mayor o menor profusión, evidencias de fuego (Andrés *et al.*, 2002). La documentación se refiere a contextos más antiguos, pero casi todos ellos reutilizados e incluso reconstruidos en momentos sucesivos de su uso. Dado que las comunidades del Bronce Final no relegan de su memoria los restos anteriores, sino que acuden de nuevo a ellos, también este tipo de estructuras podría estar presente en este momento.

En arquitecturas más tradicionales las cronologías del III milenio en adelante se reiteran en el marco del Tajo interior (Bueno *et al.*, 2004) y lo mismo ocurre en el Tajo Internacional, con evidencias tan interesantes como la necrópolis de Amioeiro, compuesta por estructuras muy diversas entre las que hay sepulcros pequeños y de falsa cúpula, algunos usados en momentos avanzados de la Edad del Bronce (Cardoso *et al.*, 2003). Sin duda, trabajos en conjuntos de este tipo terminarán con la singularidad otorgada a monumentos como Roça do Casal do Meio.

Los mencionados trabajos de Alpiarça forman parte de toda una interesante documentación portuguesa que en los últimos años ha obtenido un fuerte impulso, a partir del proyecto encabezado por R. Vilaça y D.J. da Cruz (1999) en la Beira Alta y otros contextos atlánticos abarcando prospecciones, excavaciones y revisión de trabajos de campo antiguos como éstos, y sobre todo obteniendo fechas.

Por un lado tenemos construcciones sin túmulo, cistas (Valinho y Loureiro, 2005: 285), y otras más complejas a modo de estructuras de piedra que acogen en su interior varios enterramientos. Éste es el caso de Travessa de Lameira de Lobos (Cruz y Vilaça, 1999: 132; Valinho y Loureiro, 2005: Est. II) y la necrópolis de Paranho (Cruz *et al.*, 1997; Cruz, 1999), revisada, pues fue excavada en 1917, y definida como una construcción semi-circular, que acoge al interior seis pequeñas cistas rectangulares, algunas de ellas tapadas. En cuatro de las cistas se conservaban incineraciones en urna o fosa asociadas a elementos metálicos de los que al menos queda un brazalet. La serie de fechas obtenidas marca una horquilla amplia, con una clara concentración entre el siglo XI y X cal AC.

Por otro, tenemos de nuevo reutilizaciones de monumentos megalíticos; tal es el caso de Fonte da Malga (Kalb, 1995), un conjunto de nueve monumentos en el que se reutiliza un megalito con cámara sin corredor, colocando una cista en su túmulo. El conjunto reúne dólmenes, cistas que se relacionan con la incineración y cairn.

Estos últimos, también presentes en prospecciones del Tajo (Caninas *et al.*, 2004), son el grueso de la investigación de la Beira Alta en los últimos años (Cruz *et al.*, 1998; Cruz y Vilaça, 1999: 156-157; Valinho y Loureiro, 2005: 285). Se trata de conjuntos de pequeños cairn situados en zonas de cierta elevación, que más allá de su acumulación de piedras y escasa altura, presentan múltiples variantes. Por ejemplo, materia prima, variaciones en el tamaño, en su delimitación externa y en su constitución interna, que puede no tener diferenciación, o bien fosas o cistas. Las agrupaciones presentan además cierta organización espacial en el sentido de distinción de estructuras. Realmente no se pueden aislar absolutamente de dólmenes o túmulos con cámaras poligonales, que forman también parte de sus agrupaciones; su cronología es amplia, al menos desde comienzos de la Edad del Bronce, perdurando hasta el Bronce Final (Cruz y Vilaça, 1999: 156; Vilaça y Cruz, 1999: 86-87).

Conjuntos como Casinha Derribada presentan variedad de tamaños, estructuras de cobertura y contenidos. Fosas y cistas, mayores o menores, con cenizas y carbones o, como en el caso del monumento 3, con cuatro recipientes al interior bajo una gran laja con grabados y abundantes restos de carbones. De ellos se obtuvieron tres fechas que sitúan la construcción entre el 1400-1150 cal AC (Cruz *et al.*, 1998) y no está de más señalar que esos grabados muestran motivos geométricos (Cruz *et al.*, 1998: 33) que enlazan con las decoraciones más clásicas y persistentes del megalitismo atlántico y que presentan interesantes nexos gráficos con las documentadas en algunas cistas del Bronce gallego (Penedo y Fábregas, 1997)

En alguno de los túmulos «intactos» de Casinha Derribada no hay resto alguno, una cuestión más patente en el conjunto de Senhora da Ouvida (Cruz y Vilaça, 1999), una agrupación de 25 pequeños y medianos cairn, de los que excavaron hasta el final cinco hechos con corazas de granito y cuarzo. No hay restos en ellos, y los análisis de sedimentos no son más explícitos, pues sólo detectan el rastro de una pieza de cobre. Nueve fechas C-14 de su base sitúan su uso entre el siglo XI y X cal AC, para incineraciones realizadas en piras del entorno (Cruz y Vilaça, 1999: 157).

Esta falta de vestigios, aunque con matiz diferente, también es patente en contextos del norte de Portugal, una de las pocas zonas atlánticas cuya investigación siempre ha sido reacia a la ausencia de enterramientos. No faltan dólmenes como Cabritos 1, reutilizado un milenio después (Fábregas, 1993: 193), aunque el yacimiento mayoritariamente aludido y cuestionado (Ruiz Gálvez, 1998: 191) es Tapado da Caldeira, porque de una de las cuatro fosas rectangulares de su cementerio se obtuvo una fecha del siglo XIII cal AC, aunque no se encontraron restos óseos junto a los recipientes cerámicos (Jorge, 1996: 203).

Los criterios tipológicos, las cerámicas Cogotas I de la estación anterior o los vasos de «largo borde horizontal» sirven de aproximación cronológica para plantear, en la misma zona y en este momento, la reutilización de megalitos y el uso de cistas, sumados al de las fosas abiertas en el terreno, muchas de ellas con proximidad a poblados. Restos de una inhumación sí se conservaban en el cementerio de cistas de S. Paio de Antas, a la vez que el uso de la incineración podría deducirse de fosas como las de S. Julião (Bettencourt, 1995a: 113).

En cualquier caso, lo verdaderamente llamativo es la reiterada presencia de recipientes cerámicos completos, aun faltando los huesos o las cenizas, e incluso, como ya se ha observado (Jorge, 1988: 79), la ordenada y nada aleatoria presencia de un vaso en cada sepulcro. Al recipiente encontrado como único resto en la cista de piedra de Santinha (Bettencourt, 1995a: 113), se suman los siete vasos de S. Paio de Antas, los cuatro que formaban parte de los restos de Grajinhos, por cierto con análisis de contenidos que detectaron alta concentración de fósforo (Bettencourt, 1995b: 94), o los recipientes igual de completos del ya mencionado Tapado da Caldeira.

Son también algunas cerámicas completas o casi completas, en este caso vasijas de almacenaje, y otras más reducidas, entre las que hay un cuenco pintado, las que sirven de principal apoyo a la reconstrucción funeraria del nivel VI del Cerro de San Pelayo en Salamanca (López y Benet, 2004), en su día interpretado como fondo de cabaña. La mandíbula de adulto allí encontrada, junto a abundantes restos de fauna no pasaría de ser un ejemplo, como los de páginas atrás, en contextos de habitación, u otros tantos típicos de los hoyos de la meseta, si no fuera por la consideración de auténtico ajuar funerario de sus recipientes.

Los autores plantean el conjunto como una construcción tumular de unos tres metros, apoyada en la roca y cubierta con coraza de cuarcita sobre estructura interior de madera con postes; así como su relación con dos de las tres fechas obtenidas en la primera excavación del lugar, que remiten al siglo IX cal AC (López y Benet, 2004: 163-164). Una referencia cronológica más, sin duda interesante para lo que en definitiva es un contexto al occidente de la meseta, progresión hacia el interior de la Beira Alta.

Algunos comentarios al respecto de lo «visible»

Como en muchas ocasiones se ha señalado (Vilaça y Cruz, 1999: 85), las prácticas funerarias del Bronce Final-Hierro distan de tener un comportamiento unívoco. La percepción de esta ausencia de norma surge de la multiplicidad de arquitecturas, espacios y prácticas funerarias, incluso dentro de los propios conjuntos funerarios, y más allá de valoraciones cronológicas o regionales.

Esta diversidad se ha visto con frecuencia como una falta de distintivo, un comportamiento pasivo, desorientado e incluso falto de población, pero tiene también una lectura de apertura, dinamismo, del uso más que efímero de los mismos espacios y de un intento expreso de continuidad.

La idea de ruptura estricta, que en ocasiones se ha querido ver en esa «ausencia» de manifestaciones funerarias, no existe y es que esa diversidad tiene mucho de recurrente. Existe un fuerte vínculo con las comunidades anteriores, plasmado en el uso de cuevas con fines sepulcrales, más abundantes en todo el Cantábrico, la reutilización de megalitos y la prolongación de las necrópolis de la Edad del Bronce, todo ello en términos muy distintos en cuanto al espacio circundante o evocación arquitectónica, por ejemplo.

Las reutilizaciones de megalitos se repiten a lo largo de toda la fachada atlántica, por mucho que nuestra enumeración haya sido mínima. Esto ha llevado, en áreas como el suroeste, a sugerir su entidad más allá de la concepción un tanto anecdótica que hacemos del término «reutilización» (García Sanjuán, 2005a: 98). Quizá la mejor prueba es que no es una cuestión exclusiva de esta zona, sino que tenemos múltiples ejemplos en el nordeste, meseta (Fabián, 1992: 119) y los recientemente conocidos del sureste (Lorrio y Montero, 2004), tratándose pues de un fenómeno generalizado.

Que cada vez tengamos más datos y sigamos hablando al mismo tiempo de usos esporádicos supone una contradicción que indica mucho sobre la forma, un tanto distorsionada, en que se han visto estas reutilizaciones. En cierto modo subyace la idea de que suponen una vuelta a argumentos caducos ante la falta de formas de enterramiento propias de las comunidades del Bronce Final, lo que por otro lado, en ámbitos tan grises como el suroeste, puede ser hasta comprensible. También se desconfió de ellas por el contraste que suponen respecto a las formas de enterramiento consolidadas en momentos anteriores, una cuestión bien palpable en el sureste con la tradicional forma de enterrarse bajo las casas de las comunidades argáricas, que hoy debemos dar por zanjada, ante lo «habitual» (Lorrio y Montero, 2004: 102) de las reutilizaciones de megalitos en la zona. Y finalmente también por el uso distinto que se da de estos monumentos respecto a la idea de panteones colectivos, que hace que los ahora típicos enterramientos individuales lleguen a parecer usos fortuitos, quizá por lo que tienen de espacio desaprovechado, de las construcciones antiguas.

Desde nuestro punto de vista las reutilizaciones carecen de todo aspecto abrupto. No se trata de comunidades que se topan con los monumentos de sus ancestros, sino generaciones distintas que conocen de su existencia y acuden a ellos de forma más continuada de lo que a veces la evidencia arqueológica deja ver. Existe un fenómeno de proximidad

dad y distancia mantenida a lo largo de toda la vida del monumento y eso incluye a las comunidades del Bronce Final, que ahora nos interesan. Un exhaustivo catálogo y, lo que es más evidente, fechas radiocarbónicas que se muestran decisivas, nos permitirán determinar la naturaleza de esas reutilizaciones, que no tienen que ser exclusivamente funerarias, o la intensidad del fenómeno en cada región.

Volviendo a los datos que recogíamos, no es fácil proponer la reparación de los megalitos en términos físicos, aunque pudo producirse, pero sí una clara pervivencia de su sentido funerario, utilizándose su propia construcción para acoger inhumaciones o incineraciones, así como su área exterior, planteándose distintas disposiciones más allá de una acción aislada, improvisada o circunstancial. Su espacio en sentido amplio, lejos de marginarse, se busca ligándose a él nuevas construcciones y manteniendo relación con espacios de habitación.

Testimonios al respecto son la instalación de encachados incineratorios o series de túmulos de piedra en los mismos espacios en los que se ubican los sepulcros, reavivando el paisaje funerario con una composición diferente que, además, tiene como referente un poblado cercano, como ocurre en Nora Velha.

Desde luego la asociación poblados —necrópolis—, confirmada cronológicamente en Alpiarça (Vilaça *et al.*, 1999) en fechas del cambio de milenio, abre una importante vía de trabajo, impensable desde la defensa de una ausencia de enterramientos o de gente. En cierto modo es una manera de formalización de los enterramientos más allá de la variedad interna de formas y, además, justifica la cronología larga que hemos visto en algunos de los contextos mencionados.

Otro aspecto en clave de vínculo *versus* ruptura es que los megalitos sirven también de inspiración arquitectónica (García Sanjuán, 2005a: 102) igual que otras formas colectivas como las cuevas artificiales o las fosas, aunque ahora para usos más individualistas. Ya hemos visto que el vínculo puede llevarse hasta las necrópolis de incineración con encachados, pero tampoco aquí se trata de estirar sólo la memoria, sino las acciones, pues el reflejo más claro son las necrópolis de cistas o cairn que, con fechas radiocarbónicas, sabemos que se están construyendo cerca del cambio de milenio, aunque en ocasiones no se hayan encontrado restos en su interior.

Los monumentos estériles no son exclusivos del área atlántica, sino de varios contextos similares de la península y de fuera de ella. Ya aludimos a los túmulos o crómlech cantábricos y franceses, y otro tanto pasa en la Meseta, como veremos, o en el Ebro. Lo interesante es que estas construcciones suelen formar parte de necrópolis y repiten las mismas técnicas, modelos arquitectónicos e inversión de trabajo y espacio dentro del conjunto. Su falta de vestigios, formando parte de agrupaciones junto a otros monumentos con restos materiales o cenizas, respalda su carácter antrópico, desde luego, pero también su simultaneidad y uso paralelo, tratándose de construcciones parafunerarias, por mucho que se prefiera remarcar su funcionalidad en el ámbito simbólico o cultural. Creemos que no debemos abstraerlos de la esfera funeraria con demasiada soltura, engrosando un independiente ritual que por la misma circunstancia carece de prueba alguna.

En este mismo sentido, después de sólo algunos ejemplos a los que hemos aludido en nuestro apartado anterior, porque hay más, no sólo túmulos, sino también fosas o cistas, no podemos dejar de preguntarnos si nuestra forma de ver las estructuras o los restos materiales ha sido demasiado estricta para el periodo que nos ocupa, como parte de esa voluntad por ver más ausencias que presencias. Muchos megalitos están vacíos y no cuestionamos su funcionalidad, del mismo modo que en el Calcolítico, o qué decir del Campaniforme, no dudaríamos en interpretar cualquier recipiente completo, incluso en una simple fosa, como ajuar funerario, sin que mayor simbolismo que el acompañar al difunto saliera a relucir.

Quizá todo parece más difícil porque estamos ante materiales de lo más cotidiano, y es que los enterramientos de esta etapa son discretos hasta en eso, pues, salvo algún cuenco pintado o bruñido, de poca vajilla fina podemos hablar, y otro tanto pasa con el resto de los elementos que forman parte del ajuar o del depósito, sin ser esta simpleza una característica tampoco exclusiva del área atlántica. No nos hemos detenido mucho en los ajuares, pero las referencias son suficientes como para hablar de una cierta sencillez reflejada en nuestro propio Fuentenegro con sólo dos brazaletes, que más que auténticos ajuares, como tributos a la difunta, parecen adquisiciones en vida que no se separan de la fallecida al ser enterrada. Uno de ellos, además, es tan ajustado que parece un perpetuado obsequio infantil de la joven.

Es una tarea aún pendiente ver si en esos abalorios personales metálicos hay un verdadero patrón codificado de este momento o, si a partir de algunos materiales que aparentan ser más destacados, podemos hablar de tumbas distinguidas, propias de una mayor desigualdad social. Hasta el momento, con restos físicos limitados, las interpretaciones de tipo social sólo tienen cabida en relación con la nuclearización y organización espacial de algunas de las necrópolis mencionadas, cuestión en la que también existe una pervivencia anterior. Por ejemplo, la revisión de los datos obtenidos para las necrópolis de monumentos megalíticos de pequeño tamaño en el área interior del Tajo reitera agrupaciones de cámaras diversas con cierta jerarquización, centralizando monumentos mayores en torno a los cuales se distribuyen otros menos visibles. La generalizada tendencia hacia arquitecturas de menor tamaño que se percibe a lo largo del III milenio a.C., lejos de plantear pobreza en el registro, manifiesta una organización jerarquizada de las necrópolis en la que los sepulcros de posición más destacada acaparan las evidencias ergológicas y rituales más sobresalientes. Es precisamente en las necrópolis más avanzadas donde la diferenciación entre unos sepulcros y otros es más perceptible (Bueno *et al.*, 2004).

Si a la tradición estructural unimos estos ajuares nada ricos, que hacen de la tipología argumento aún más endeble de lo usual, o la variedad de ritos que comentaremos posteriormente, es evidente que las fechas absolutas se muestran básicas a la hora de identificar los enterramientos del Bronce-Hierro. Han sido concluyentes en Fuentenegro y en varios de los conjuntos tumulares de amplio decurso mencionados. Los trabajos arqueográficos en ellos realizados, y sus cronologías, están dando excelentes resultados que abren una atractiva vía de trabajo en zonas como Galicia o Asturias, donde la tradición tumular

arraiga notablemente con múltiples conjuntos formados por cierto número de monumentos.

Ni que decir tiene que con el tiempo habrá que delimitar procesos regionales de los que aquí hemos prescindido, pero al menos encontramos interesante que, con la variedad de restos esbozados, podamos ver procesos paralelos a los del área atlántica.

Así, salvando las distancias, no está de más recordar que conjuntos funerarios como los del Ebro, incluso dejando al margen cuevas, dólmenes, fosas... y centrándonos en los que genéricamente ligamos a los Campos de Urnas, contienen una enorme variedad más allá de las necrópolis de incineración que los definen. En ellos se conjugan tradiciones anteriores y nuevas que afectan tanto a la técnica arquitectónica como al rito funerario, con resultados de mucha variabilidad entre las necrópolis y dentro de ellas mismas. Baste recordar necrópolis tumulares como Herrería (Cerdeño *et al.*, 2002) o Los Castelletts de Mequinenza (Royo, 2000), con incineraciones en cista o sin ella bajo túmulos o encachados, e inhumaciones en fosa bajo túmulos de piedra y en cistas bajo túmulos de auténtica tradición megalítica, sin faltar los túmulos sin contenido interpretados como monumentos conmemorativos. También son muy interesantes sus fechas, que en Herrería prueban el uso de la incineración en la meseta hacia el siglo XIII cal AC (Cerdeño *et al.*, 2002: 145).

Hace ya algunos años, en la misma área del Alto Tajo en la que se encuentra la necrópolis de Herrería y su castro, El Ceremeño, a escasos kilómetros, excavamos la necrópolis de El Borbollón, en Rillo de Gallo (Jiménez y Barroso, 1995: 216-218). Su interés era evidente, pues se trataba de un campo tumular situado en un ladera a 300 metros de El Llano, una serie de abrigos ocupados como poco del Calcolítico al Bronce Medio, excavados en años anteriores.

El conjunto de El Borbollón está formado por 25 túmulos, algunos de ellos mal conservados, pero con una aparente similitud constructiva, que al menos pudimos constatar en los nueve excavados. Se trata de cairn con anillos exteriores de piedra que delimitaban plantas más o menos circulares de unos 4 m. de diámetro, con sólo excepciones menores o los que llegaban a alcanzar los 6 m. Apenas destacan en altura y su escasa entidad constructiva se reduce a una acumulación de piedras, y algo de tierra, aprovechando algunos afloramientos del terreno. Su variabilidad está en una escasa diferenciación del espacio interior, la presencia de cistas centradas o descentradas e incluso la yuxtaposición de estructuras, como en el caso del túmulo 3, el de más envergadura, que además ocupa un espacio destacado dentro del conjunto, siendo el más visible, y desde el que existe una mejor visibilidad de todo el conjunto.

Los escasos restos materiales encontrados, algunos fragmentos cerámicos y líticos, así como restos de carbón que no fue posible datar, nos hicieron abandonar, pero ya entonces pensamos en su relación con los momentos finales de la Edad del Bronce e incluso el rito incinerador, que ahora tiene más sentido. La única referencia con la que contábamos en ese momento era la necrópolis de El Pajaroncillo (Almagro Gorbea, 1973), otro contexto meseteño reseñable en paralelo al panorama atlántico planteado. Si relacionamos

estos datos y los portugueses, incluso restos materiales como los de Herrería, es razonable pensar en un panorama similar para el conjunto de poblados de Soto de Medinilla.

La referencia al Ebro nos sirve para otra cuestión, la del ritual incinerador hasta hace no mucho considerado responsabilidad de los Campos de Urnas en cualquier punto geográfico de la península donde apareciera. Hoy sabemos que no es así, que la incineración se conoce desde mucho antes, aunque no se generalice su uso, y que, según obtenemos fechas, las líneas de filiación se complican, pues no hay más que ver la ya mencionada de la meseta oriental (Cerdeño *et al.*, 2002: 145) y, en el extremo opuesto, la obtenida en Alpiarça (Vilaça *et al.*, 1999: 15).

Esta cronología muestra para el área atlántica, con independencia de su procedencia, la gran sensibilidad de sus pobladores a los nuevos ritos desde antiguo, a la par que se rememoran tradiciones anteriores, algo muy propio de un momento de cambio. Así, encontraremos variedad de rituales con endebles márgenes cronológicos que respalden uno u otro trato dado al difunto. El nuevo ritual aparece vinculado a tradicionales contextos arquitectónicos y espaciales, y al revés, de forma que hay incineraciones al interior y exterior de monumentos megalíticos, cistas con inhumaciones en necrópolis de incineración o fosas atribuidas a uno u otro rito en una misma área, como el norte de Portugal (Bettencourt, 1995a: 113).

Finalmente, y puesto que hemos hablado de una esfera funeraria amplia, no queremos dejar de mencionar la estelas, aunque de este breve comentario se deduzca que consideramos que no pueden mantenerse como la única evidencia funeraria del Bronce Final del suroeste. Y es que esas presencias latentes, que quizás algún día lleguemos a analizar con más precisión, nos recuerdan en cierto modo la cuestión de las estelas del SO, que, más allá de su discutida relación directa o no con enterramientos, tienen vinculación funeraria desde otros puntos de vista diferentes, como el de la tradición de espacios y modelos.

La intensidad gráfica que suponen las estelas del SO durante el Bronce Final debe verse dentro de un continuismo ideológico respecto a las estelas antropomorfas de tradición megalítica, una cuestión de todo punto remarcable cuando hemos dedicado un buen espacio a la reutilización de los monumentos. Las estelas no son ajenas a la reutilización y transmisión de un mismo espacio funerario y, en definitiva, a esa perseverancia de tradiciones.

El uso de cuevas, estructuras o ajuares nada deslumbrantes, o la asociación a una estela, parece transmitir un cierto resumen de comportamientos pasados cuya mitografía tiene sus raíces en una tradición anterior bien arraigada. Los enterramientos del Bronce Final quizá traducen un conocimiento muy asumido de las formas anteriores, conceptualizándolas y alcanzando la versión más depurada y sintética del ritual de los ancestros, cuya huella arqueológica resulta ser en muchas ocasiones de lo más tenue. La muchacha de Fuentenegroso, enmarcada en uno de los usos más tradicionales de las cuevas, el sepulcral, y dentro del I milenio a.C., es un buen ejemplo de ello.

Short text

Fuentenegro (Asturias), a Bronze Age-Iron Age Burial in the Context of the Atlantic Peninsular Communities

Fuentenegro is a burial cave in the eastern area of Asturias' province, at Peñamellera Alta, on the most eastern foothills of the mountain range of El Cuera (Fig. 1). The cave chosen for the burial is a small and narrow cavity at the back of which the body of a woman was placed in a foetal position with two bracelets, one on each hand, as only accompaniment (Fig. 3-4).

The burial was discovered by accident by a group of speleologists. It was thought, initially that it belonged to a recent corpse which impeded its excavation. The remains were particularly well preserved and were well recorded by means of the graphic documentation at their original position, as it is shown in Figure 2. They therefore deserved a whole series of analyses that have enabled us to reconstruct their context.

Our interest increased by the confirmation of the chronology of the remains, giving a radiocarbon date in the range between the 8th and 6th centuries BC. These dates are thus coetaneous with the hill forts.

The palaeoanthropological information indicated that the remains belonged to the body of a young woman with apparent good health and a pattern of daily activity attributable to hard physical effort. The marks on her back, arms and legs, suggest that she transported a lot of weight on her back, on a regular basis, throughout a steep and craggy topography such as that of El Cuera, which, as well as her burial place, must have been her everyday environment. Her daily activity might be related to various tasks such as herding and the compatible recollection of firewood for the winter, of which there are many ethnographic references in the region. Her burial in this landscape of mountain tops, far from the habitational areas, can be better understood as the emplacement of her remains in the land that

she frequented the most. The results provided by the analysis of the palaeodiet indicate that her staple diet was more vegetarian than meat based, with cereals and green vegetables that were complemented by meat and fresh water fish that again refer to the lowlands, thus confirming the separation between her habitational area and the high mountains in which she was buried.

Fuentenegro is the only complete Late Bronze Age-Iron Age burial known in Asturias, apart from the partial remains whose funerary intention is debatable, since the necropolis associated to the hill forts of the North remains unknown. The area belong to the peninsular Atlantic region for which the absence of burials during this prehistoric phase has been accepted, thus underlining some degree of rupture with later phases.

However, even a non-exhaustive review as the one presented here highlights interesting evidence that exceeds the assumed absences and speaks against this abrupt rupture. There are numerous examples (Fig. 5) of the reutilisation, internal and external, of megaliths, with inhumations and incinerations, as well as clear similarities between the cist necropolis of the Bronze Age and the Iron Age incinerations surrounded by cobbled stones. And, in particular, we dispose of recent data provided by Portuguese research projects that using radiocarbon dating have situated various funerary contexts, including a necropolis of mounds, around the turn of the first millennium BC. Small cairn type structures located on elevated areas, sometimes sharing spaces with dolmens or the mounds of cists with very broad chronologies have been identified. The fact that some do not yield any remains speaks of the complex behaviour of what appear to be para-funerary structures whose role must still be esta-

blished alongside those that do contain remains.

On the whole, the Atlantic area shows that there is no single behaviour and that there existed diverse funerary solutions that included the traditional inhumation and the more modern incineration and that underline the coexistence of different funerary practices even within the same area. The idea of rupture that transcends the supposed absence of burials can be faced up against the reutilisation of funerary containers, as it is the case of the megaliths, or the use of the same spaces in which *stelae* are often found, many years after their initial use. Moreover, these situations are not limited to a few anecdotal cases since settlement-necropolis relationships can often be established. A clear example is the cave used as a burial place at Fuentenegro, which although not usual for the hill fort peoples, reproduces a behaviour which was more common in previous periods. This in turn could only have been understood by people who were linked since long before to this environment.

The bracelets worn by the young woman of Fuentenegro, characteristic of the Atlantic metallurgy, reproduce the same previous tradi-

tion and the simplicity of the grave goods of that time. It is still to be determined if this simplicity can really be read as a codified pattern of this period or, through the study of some apparently more distinguished materials, it may be possible to identify social differences. With the information available, the exploration of such questions is restricted to the spatial organisation of some necropolis that again reproduce previous models with some degree of spatial hierarchization between the different structures.

The use of quite ordinary caves, structures and grave goods or the association with *stelae* appears to transmit a kind of summary of past behaviours whose mythography is rooted in the megalithic phenomenon. The burials of the Late Bronze Age might translate the knowledge of earlier forms that is conceptualised thus creating a more refined and synthetic version of the rituals of the ancestors whose archaeological mark is often very faint. The young woman of Fuentenegro, in the context of one of the most traditional uses of caves, the funerary, and with a chronology from the first millennium BC, is a good example of this practice.

Bibliografía

ALMAGRO GORBEA, M., 1973, Los campos de túmulos de Pajaroncillo (Cuenca). Aportación al estudio de los túmulos de la Península Ibérica, *E.A.E.* 83.

ALMAGRO GORBEA, M., 1998, «Precolonización» y cambio socio-cultural en el Bronce Atlántico, en S.O. JORGE (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?*, Trabalhos de Arqueologia 10, Lisboa, 81-100.

ANDRÉS, T., GARCÍA, M.L. y SESMA, J., 2002: Una tumba destruida por el fuego: el sepulcro

campaniforme de Tres Montes, en Las Bárdenas Reales (Navarra), en M. ROJO y M. KUNST (eds.), *Sobre el significado del Fuego en los Rituales funerarios del Neolítico*, *Studia Archaeologica* 91, 191-218.

ARIAS, P. y ARMENDARIZ, A., 1998, Aproximación a la Edad del Bronce en la región cantábrica, *Cadernos do Seminario de Sargadelos* 77, 47-80.

ARIAS, P. y PEREZ, C., 1990, El fenómeno megalítico en Asturias oriental, *Gallaecia* 12, 91-109.

- ARNAUD, J.M., MARTINS, A. y RAMOS, C., 1994, Necrópole da Nora Velha (Ourique). Informação 1.ª campanha de escavação, *Actas das V Jornadas arqueológicas (Lisboa – 1993)*, Associação dos Arqueólogos portugueses, Lisboa, 199-210.
- BARROSO, R., CAMINO, J., BUENO, P. y BALBÍN, R., 2007, *Fuentenegroso. Un enterramiento del I milenio a.C. en Asturias*, Consejería de Cultura, Principado de Asturias.
- BETTENCOURT, A., 1995a, Dos Inícios aos Finais da Idade do Bronze no Norte de Portugal, *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder*, 110-115.
- BETTENCOURT, A., 1995b, Granjinhos. Vasos, *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder*, 94.
- BETTENCOURT, A., 1998, O conceito de Bronze Atlântico na Península Ibérica, en S.O. JORGE (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?*, *Trabalhos de Arqueologia* 10, Lisboa, 18-39.
- BLAS, M.A., 1985, Piedrafita V. Nuevos aspectos sobre el polimorfismo de las arquitecturas funerarias prehistóricas en el N-NO de la Península Ibérica, *Arqueología* 12, 129-136.
- BLOT, J., 1995, Contribution a l'étude des cercles de pierres en Pays Basque de France, *Bulletin de la Société préhistorique française* 92 (4), 525-548.
- BOULESTIN, B. y GÓMEZ DE SOTO, J., 2005, Lieux naturels contre lieux construits : La place des grottes comme dernières demeures pendant l'Âge du Bronze en Centre-Ouest et Aquitaine septentrionale, en C. MORDANT y G. DEPIERRE (dirs.), *Les pratiques funéraires à l'Âge du Bronze en France*, *Documents préhistoriques* 19, 65-80.
- BRADLEY, R., 1990, *The Passage of Arms: An Archaeological Analysis of Prehistoric Hoards and Votive Deposits*, Cambridge University Press, Cambridge.
- BUENO, P., BALBÍN, R. y BARROSO, R., 2005, La estela armada de Solar. Valle del Baztán (Navarra), *Trabajos de Arqueología Navarra* 18, 5-39.
- BUENO, P., BARROSO, R. y BALBÍN, R., 2004, Construcciones megalíticas avanzadas de la cuenca interior del Tajo. El núcleo cacereño, *Spal* 13, 83-112.
- BUENO, P., BARROSO, R. y BALBÍN, R., e.p., El metal y los símbolos de los ancestros en el norte de la Península Ibérica, *XV Congreso UISPP*, Lisboa, 2006.
- BUENO, P., BARROSO, R., BALBÍN, R. y CARRERA, F. 2006, *Megalitos y marcadores gráficos en el Tajo Internacional: Santiago de Alcántara (Cáceres)*, Ayuntamiento de Santiago de Alcántara.
- CANCELO, C., 2005, El primer milenio a.C. en Vizcaya, en C. CANCELO, A. BLANCO y A. ESPARZA (coords.), *Bronze Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica*, Universidad de Salamanca, 412-431.
- CANINAS, J.C., HENRIQUES, F., BATATA, C. y BATISTA, A., 2004, Novos dados sobre a Pré-História Recente da Beira Interior Sul. Megalitismo e Arte Rupestre no Concelho de Oleiros, *Estudos de Castelo Branco* 3, 3-30.
- CARDOSO, J.L., 2004, Uma tumulação do final do Bronze Final / inícios da Idade do Ferro no sul de Portugal: tholos do Cerro do Malhanito (Alcoutim), en M.C. LOPES y R. VILAÇA (coords.), *O passado em cena. Narrativas e fragmentos*, Miscelânea ofrecida a Jorge de Alarcão, Coimbra, 193-220.
- CARDOSO, J.L., CANINAS, J. y HENRIQUES, F., 1998, Duas cabanas circulares da Idade do Bronze Final do Monte de Sao Domingos (Malpica do Tejo, Castelo Branco), *Actas do Colóquio «A Pré-historia na Beira Interior», Tontela, 1997*, *Estudos Pré-históricos* 6, Viseu, 325-345.
- CARDOSO, J.L., CANINAS, J. y HENRIQUES, F., 2003, Investigações recentes do megalitismo funerario na região do Tejo Internacional (Idanha a Nova), *O Archeologo Português* IV, 21, 151-207.
- CERDEÑO, M.L., MARCOS, F. y SAGARDOY, T., 2002, Campos de urnas en la Meseta oriental: Nuevos datos sobre un viejo tema, *Trabajos de Prehistoria* 59, 2, 135-147.
- CRUZ, D.J., 1999, A necrópole do Bronze Final do Paranho (Molelos, Tontela). Resultados das datações radiocarbónicas, *Estudos Pré-históricos* 7, 263-270.

- CRUZ, D.J., CUNHA, A.M.S.E. y FILGUEIRAL, I., 1997, A necrópole do Bronze Final do Paranho (Molelos, Tontela, Viseu), *Estudos Pré-históricos* 5, 85-109.
- CRUZ, D.J., GOMES, L.F. y CARVALHO, P.H.S.O., 1998, Grupo de tumuli da Casinha Derribada (Concelho de Viseu). Resultados preliminares da escavação arqueológica dos monumentos 3, 4 e 5, *Conimbriga* 37, 5-76.
- CRUZ, D.J. y VILAÇA, R., 1999, O grupo de tumuli da Senhora da Ouvida (Monteiras / Moura Morta, castro Daire, Viseu). Resultados dos trabalhos arqueológicos, *Estudos Pré-históricos* 7, 129-161.
- DELIBES, G., 2000-2001, Del Bronce al Hierro en el valle medio del Duero; una valoración del límite Cogotas I – Soto de Medinilla a partir de las manifestaciones de culto, *Zephyrus*, 53-54, 273-292.
- DELIBES, G., 2004, La impronta Cogotas I en los dólmenes del Occidente de la cuenca del Duero o el mensaje megalítico renovado, *Mainake* XXVI, 211-231.
- FABIAN, J.F., 1992, El enterramiento campaniforme del túmulo 1 de Aldeagordillo (Avila), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 97-132.
- FÁBREGAS, R. 1993, ¿Enterramientos tubulares en la edad del Bronce? Nuevas evidencias para el Noroeste, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, T, 6, 181-204.
- GAMITO, T.J., 1995, A necrópole de Corte Cabreira, *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder*, 82-84.
- GARCÍA SANJUÁN, L., 2005a, Las piedras de la memoria. La permanencia del megalitismo del Suroeste de la Península Ibérica en el II y I milenios a.n.e, *Trabajos de Prehistoria* 62 (2), 85-109.
- GARCÍA SANJUÁN, L., 2005b, Grandes piedras viejas, memoria y pasado. Reutilizaciones del dolmen de Palacio III (Almacén de la Plata, Sevilla) durante la Edad del Hierro, *Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXV, 595-604.
- JIMÉNEZ, P. y BARROSO, R., 1995, El fenómeno funerario durante la Prehistoria Reciente en el centro de la Meseta: la provincia de Guadalajara, *Trabalhos de Antropología e Etnología* 35 (2), 211-223.
- JORGE, S.O., 1988, *O povoado da Bouça do Frade (Baiao) no quadro do Bronze Final do Norte de Portugal*, Grupo de estudos arqueológicos do Porto, Monografías arqueológicas 2.
- JORGE, S.O., 1996, Regional diversity in the Iberian Bronze Age – on the visibility and opacity of the archaeological record, *Trabalhos de Antropología e Etnología* XXXVI, 193-214.
- KALP, P., 1995, Alpiarça, *A Idade do Bronze em Portugal, Discursos de poder*, 90.
- LÓPEZ, O. y BENET, N., 2004, Nuevos resultados en la investigación sobre la Plaza de Toros del Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca): un enterramiento tumular con inhumación en los inicios de primer milenio en el área occidental de la Meseta Norte, *Trabajos de Prehistoria* 61, 1, 157-173.
- LORRIO, A. y MONTERO, I., 2004, Reutilización de sepulcros colectivos en el Sureste de la Península Ibérica: la colección Siret, *Trabajos de Prehistoria* 61 (1), 99-116.
- MERCADAL, O., 2001, Estudio paleontológico de un resto óseo procedente de La Campa Torres (Gijón), en J.L. MAYA y F. CUESTA (eds.), *El castro de La Campa Torres. Período prerromano*. Serie Patrimonio 6, Ayuntamiento de Gijón, VTP, 289-294.
- MORÁN, E. y PARREIRA, R., 2004, *Alcalar 7. Estudo e Reabilitação de um Monumento Megalítico*, Ministerio de Cultura IPPAR, Edição do Instituto português do Património Arquitectónico.
- PEÑALVER, X., 2001, El Bronce final y la Edad del Hierro en la Euskal Herria atlántica: cromlechs y castros, *Complutum* 12, 51-71.

- PENEDO, R. y FÁBREGAS, R. 1997, Cistas decoradas de Galicia y contexto regional, *Brigantium* 10, 333-342.
- PONS, E., 2000, Las necrópolis de incineración del Bronce Final y de la Edad del Hierro en Cataluña, *Archéologie de la mort. Archéologie de la tombe au Premier Âge du Fer*, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne 5, CNRS, 31-40.
- RODRÍGUEZ, C., VÁZQUEZ, J.M. y CAMINO, J., 2005, Concheros castreños y romanos del Cantábrico Occidental (Asturias y Galicia), *Gallaecia*, 24, 61-73.
- ROYO, J.I., 1994-96, Ritual funerario y cultura material en las necrópolis tumulares de Los Castellets de Mequinenza (Zaragoza). Una aportación al estudio del Bronce Final / Hierro en el Noreste peninsular, *Gala* 3-5, 93-108.
- RUIZ GÁLVEZ, M. L., 1998, *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa Occidental*, Ed. Crítica, Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G., 2001, Las comunidades del Bronce Final: enterramiento y sociedad en los Campos de Urnas, en M.L. RUIZ GÁLVEZ (coord.), *La Edad del Bronce ¿Primera Edad de Oro de España?*, Ed. Crítica, Barcelona, 257-288.
- RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO, A., 1995, La muerte en el norte peninsular durante el primer milenio A.C., *Arqueología da Morte*, Xinzo de Limia, 225-242.
- SCHUBART, H., 1975, *Die Kultur der Bronzezeit in Südwesten der Iberischen Halbinsel*, Berlín.
- SPINDLER, K. y VEIGA FERREIRA, O. da., 1973, Der Spätbronzezeitliche Kuppelbau von Roça do Casal do Meio in Portugal, *Madriider Mitteilungen* 14, 60-108.
- TRANCHO, G.J. y ROBLEDO, B., 2004, *Estudio antropológico y paleonutricional del esqueleto de Fuentenegro (Asturias)*, Dpto. de Zoología y Antropología Física, UCM, 2004.
- VALINHO, A. y LOUREIRO, S., 2005, O Alto Paiva na transição Bronze Final / Ferro, *Encuentro de Jóvenes investigadores sobre Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica*, Universidad de Salamanca (CD), 276-292.
- VIANA, A., 1960, *Novas históricas, arqueológicas e etnográficas do Baixo Alentejo*, 1-28.
- VILAÇA, R. y CRUZ, D.J., 1999, Práticas funerárias e cultuais dos finais da Idade do Bronze na Beira Alta, *Arqueologia* 24, 73-99.
- VILAÇA, R., CRUZ, D.J. y GONÇALVES, A.H.B., 1999, A necrópole de Tanchoal dos Patudos (Alpiarça, Santarem), *Conimbriga* 38, 5-29.
- VILAÇA, R., 2000, Registros e leituras da Pré-História Recente e da Proto-História Antiga da Beira Interior, *Actas do 3.º Congresso de Arqueologia Peninsular*, ADECAP, Porto, 161-182.
- VILLA, A., 2005, *El castro de Chao Samartín. Guía para su interpretación y visita. Grandas de Salime, Asturias*, Sociedad arqueológica profesional.
- VILLA, A. y CABO, L., 2003, Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación, *Trabajos de Prehistoria* 60, 2, 143-151.